

*Tagebuch. Möglichkeiten einer Gattung*

Wilhelm Fink Verlag, München, 2005

## Los enigmas del diario



Arno Dusini

**Tagebuch**

Möglichkeiten einer Gattung

Wilhelm Fink Verlag

A PARTIR DE LAS POSIBILIDADES que ofrece considerar el diario como un género, Arno Dusini retorna a un campo que parecía completamente trillado pero que sigue mostrando grietas y relieves para explorar. El punto de partida es que siempre que nos manifestamos lo hacemos dentro de algún género, que decir es declarar un género y, eventualmente, inventarlo. Ahora bien: lo peculiar de los géneros es que no se ven a sí mismos como tales ni pueden sustituirse mutuamente. Todos somos un poco el señor Jourdain de Molière, que hablaba en prosa sin saberlo. Más enfáticamente, Dusini afirma - y yo con él - que el género es el significante del habla, que siempre hablamos genéricamente, generalizando, porque la palabra es más pobre que la totalidad de sus referentes. A lo cual conviene añadir que los géneros no son categorías intemporales, sino que varían al ponerse en práctica: tienen historia y ya ha sido contada y recontada innumerables veces.

En el caso del diario, a tales generalidades se suma el hecho de que lo conocemos en forma de libro pero que, sustancialmente -no materialmente- no lo es. Aunque se escriba en cuadernos o libros encuadernados, un diario siempre se compone de hojas diarias sueltas. Se lo convierte en libro para instalarlo en el mercado de la escritura y así, dado que el libro es un género, se lo generaliza, mas no basta esta maniobra para que se legitime el diario como género. Al margen, cuando cualquiera de nosotros se pone a consultar diccionarios en pos de los significados que soporta la palabra *libro*, se encuentra con una conmovedora y confusa variedad de propuestas, de modo que lo mejor es acudir a un taller de encuadernación. En cualquier caso: ¿quién puede negar que un libro acepta los calificativos de ser legible, conjuntado y factible de intercambio semántico?

La insinuación de Dusini es que el diario no es un género sino una forma, que se evidencia por el hecho de articularse en días. Más aún, cumple ciertas tareas ambiciosas que lo comprometen con casi todas las disciplinas que se absuelven en el lenguaje. Ya Goethe, en carta a Voigt

(29 de marzo de 1818) apuntó una: el hombre es un ser temporal pero el tiempo, en sí mismo, carece de sentido y lo adquiere, junto con su dignidad, sólo por obra humana. A la vuelta del siglo, nos podemos encontrar con diaristas (Kafka es, en mi opinión, el más indicado para el caso) que intentan la utopía de organizar su vida por medio del diario. O sea que escribir un texto que puede decir cuanto se le antoje, escandido por el paso de los días, da sentido al tiempo y convierte lo vivido en vida, desde que puede relatarse. Si bien no hay nada tan personalísimo, en cuanto a escritura, como un diario, por quien lo escribe pasa la humanidad. Hocke observó una sutil concordancia entre los diarios escritos por europeos en determinada época, tal si se hubieran puesto de acuerdo para «hablar de lo mismo». Desde luego, el acuerdo no era personal sino histórico. Cuando decimos algo, nuestra época lo dice por nosotros y viceversa. Somos fatalmente contemporáneos, aunque no siempre coetáneos, como dice Ortega.

La datación es esencial a la forma diarística, tanto que, cuando se le quitan las fechas, hay que decirlo expresamente (el *Journal sans dates* de Gide). Conviene aclarar que el día del diario no es el día de la «realidad» sino una selección de datos que construyen ese preciso día. Son la realidad que resta de esos días que desaparecen.

En su temporalidad, por otra parte, se abren dos dimensiones: el tiempo vivencial o duración y el tiempo objetivo o cósmico. El primero es incompatible, en tanto el segundo es de todos y se cristaliza en relojes y almanaques. En rigor, para la vivencia individual, el día fechado no cuenta, es un elemento externo que se ofrece a quien lo lee. De nuevo: tenemos existencia temporal porque la podemos contar y lo hacemos en el cruce de esos dos guiones del tiempo. Y en otro cruce de la misma índole: el diario va narrando la fluencia de un tiempo y exige, a su vez, un tiempo de escritura. No coinciden nunca como sí ocurre en la música: toda obra musical dura exactamente lo que necesita durar para contarnos lo que cuenta.

Llego, por fin, al núcleo del asunto: la identidad de quien escribe un diario. Dusini no lo denomina escritor (*Schriftsteller*) ni, mucho menos, escri-

tor profesional (*Dichter*) sino «llevador o redactor-escribidor de un diario» (*Tagebuchsträger, Tagebuchschreiber*). En él se dan las notas del inventor/creador de escritura: el escritor se escinde a sí mismo y celebra un pacto consigo mismo como si fuera un tercero, eventualmente un extraño, eventualmente un ser siniestro. Al igual que en la autobiografía (la observación es de Dilthey) se cuenta la vida propia como si fuese de otro. En este sentido, a pesar de las denominaciones, no hay diarios privados ni estrictamente íntimos: siempre que se escribe, se lo hace para ser leído por otro; si es desconocido, mejor. Y esto vale a partir de los ejemplos, muy excepcionales (Hitler von Kujau) de diarios escritos por terceros o conversaciones cotidianas apuntadas por el entrevistador (Eckermann con Goethe, Bioy Casares con Borges).

Aquí aparece una figura, la del editor, que Dusini, con agudeza, no duda en considerar coautor de cualquier diario. En efecto, lo que llega a nuestras manos de lectores en forma de libro como diario no es exactamente lo que el diarista dejó más o menos hecho. A menudo, se trata de unas selecciones de textos voluminosos cuya edición completa atemoriza a los empresarios del ramo (Amiel, Virginia Woolf). Otras, el recuento de papeles dispersos, cuadernos variopintos, baúles o maletas con papeluchos caóticos, que exigen orden y limpieza. Nada digamos en cuanto a abreviaturas, tachones, borrones, letras ilegibles, pseudónimos, claves secretas y demás delicias de la paleografía especializada. El editor es quien va editando esta escritura que exige lavado y planchado, al tiempo que añade notas y comentarios sin los cuales el conjunto resultaría intransitable.

Estas tareas admiten matices. El más curioso es el de los diarios intersectados de otras escrituras, como el de Anna Frank, exhumado por su padre y que contiene ráfagas de una novela autobiográfica que Anna dejó inconclusa. También cabe en el renglón el diarista que relee, retoca y hasta reescribe parte de sus diarios (Julien Green, Josep Pla), con lo que los mismos conservan y asimismo pierden su articulación cotidiana e inmediata.

Puesto que andamos rondando el tema de la forma, ¿admite un diario tener comienzo, fuera del

obvio que consiste en la primera fecha? La mayor parte de los diarios son, en este sentido, informales, pero la literatura autorreferente se ha asentado, a menudo, en propuestas ambiciosas: San Agustín invoca a Dios como confesor, Rousseau hace una protesta de veracidad aunque luego mienta con alegría, Boswell renueva el consejo clásico de «conóctete a ti mismo» y se lanza a investigarlo en sus diarios.

En el otro extremo ¿cómo se finaliza un diario? ¿Se le da término o se lo abandona, según el dictamen de Valéry respecto al poema? Kafka se calla cuando ve próximo su fin. Gide declara que no tiene nada que añadir y formaliza la consumación de su obra. Tácitamente, muchos diaristas ceden la

palabra al silencio. El suicidio lo subraya (Virginia Woolf, Klaus Mann).

Sugestivo, ordenado, diáfano, documentado, el libro de Dusini nos conduce al más valioso, quizá, aporte de esta forma que aspira a ser escritura *sui generis* y, eventualmente, literatura: percibir la vida en el texto y, dentro de él, el texto mismo como acto de esa misma vida.

Blas Matamoro